

LETRAS

letrillas

LETRONES

PERIODISMO

Polizones

Qué habrá pensado, pienso yo, el capitán surcoreano de ese barco congelador llamado *Wis-teria*, que atracaba en A Coruña, en el puerto de Santa Uxía de Ribeira, para descargar atún congelado que traen de Dakar y se enlata como producto gallego, cuando uno de sus marineros —¿cómo le habrá hecho, me pregunto, si es chino, como todos los demás marinos de ese barco?, he aquí, en todo caso, el poder universal del inglés— le pasó una nota al práctico del puerto que ayudaba a las maniobras de atraque para informarle que el capitán había decidido dejar en una mala balsa a la deriva a cuatro polizones africanos que descubrió en su barco.

Luego el práctico habrá avisado, supongo, a la capitanía del puerto, y las autoridades decidirían iniciar una investigación y la prensa hacerle una foto

que salió hace unos días; el rostro de una dureza y una frialdad infinitas, algo que se parece mucho a la tristeza; no como los malos de las películas sino como los humanos de la vida real.

Qué habrá pensado, si es que pensó algo, porque quizás fue un simple acto rutinario, una decisión normal de orden correspondiente al capitán de un barco navegando en aguas internacionales, cuando tiró un remedo de balsa, unas tablas en las que malamente cabrían los cuatro y los hizo descender del barco y los vio alejarse, o más bien, quedarse en el mar infinito y móvil mientras el barco se alejaba.

Pero supón que no haya pensado en ellos como individuos, como unidades con esa sucesión de acontecimientos repetidos, iguales, constantes pero siempre con algún matiz en su orden que los hace ser historia personal, pero qué pensaría de los catorce marineros chinos si es que tenía el pleno control de su oficialidad surcoreana, tres; supongo que no los habrá diferenciado tampoco

como individuos con gustos, con criterios, con modos de ser, con ideas y conceptos. Supongo que en ningún momento pensó que lo podrían denunciar. O sí, pero también habrá pensado en la multa que tiene que pagar un barco que trae polizones si éstos se escapan en el puerto de arribo, en la dificultad de mantenerlos asegurados y regresarlos, sanos y salvos, a Senegal. De lo que ya no estoy tan seguro es de que haya ponderado los riesgos a correr en lo íntimo en caso de que se le atravesara la reflexión relativa al deber moral de salvar vidas, ni siquiera creo que haya calculado que eran vidas. Como el caso de los torturados de Abu Ghraib o de los negros linchados por el Ku Klux Klan en los cincuentas o de los judíos masacrados por los alemanes o de los palestinos masacrados por los judíos, o de los...

Seguramente no pensó en la historia personal de cada uno de los que quedaban a la deriva; es imposible que haya pensado en la historia personal de ninguno de ellos, y ni qué decir de tomar en cuenta las condiciones que obligan a alguien a dejar su casa, su familia, sus amigos, sus lugares de memoria y subirse a escondidas a un barco que va a cruzar el mar Atlántico; ni hablar de reflexiones de ésta ni de ninguna naturaleza. Se es capitán de un barco, el mar es inmenso, el orden prioritario; la autoridad es la autoridad.

O sí pensó, sí aplicó con rigor y lealtad a sí mismo y a sus convicciones el ejercicio de evaluar la conducta propia y correr los riesgos que ello conlleva. Cómo saber. Cómo saberlo sin hablar con él. Y aun haciéndolo, suponiendo que se pudiera, ¿se podría sacar en claro la materia moral de su conciencia, algo que pudiéramos empatar con la verdad?, ¿le interesaría explicar los movimientos de su alma hacia la toma de una deliberación tan áspera como dejar a cuatro personas en alta mar, a unos dos mil kilómetros de las Islas Canarias, sin medios de subsistencia ni esperanza de sobrevivir? Y si se pudiera, ¿lo sabría?, ¿sabría él mismo la respuesta? ¡Qué abismo!

Supongo que esta nota no aparecerá

en los periódicos de México ni prácticamente en los de ninguna otra parte; quizás en los de Corea del Sur; no creo que en los diarios chinos se relate la denuncia del marinero corroborada después en las investigaciones por los demás marinos chinos —¿es decir que tuvo que haber un traductor del chino al español, o al gallego, en las diligencias?, porque es poco probable que hablaran alguno de los idiomas de España, aunque con un chino que hablara inglés todos los demás estarían en posibilidad de contar su versión. Y no sólo eso, sino también de quejarse contra el capitán porque al cruzar el canal de Panamá les dio a beber agua del mar, y luego les dio alimentos caducos y les negó el jabón para asearse. O sea que el capitán surcoreano, cuyo nombre no aparece en las notas de prensa, es un duro.

No, no hay ninguna razón para suponer que la noticia salga en los periódicos de otras partes del mundo; aquí en España porque se trata de algo que ocurrió aquí, si no, ni aquí, y en alta mar no hay prensa. Claro que cuatro senegaleses que intentan llegar por cualquier medio a Europa para buscar trabajo no hacen noticia, hay miles, ni siquiera porque supongamos que han muerto irremisiblemente, porque cientos mueren cada mes en las pateras en que tratan de llegar a Canarias o a Almería o a Cádiz.

*

Aunque conviene abrir dos o tres días después el periódico y enterarse de más datos; las averiguaciones despejan las dudas y esclarecen las páginas en que se escriben y dibujan los días.

Sí, no sólo el capitán lo hizo; es decir, para ejecutar la orden del capitán Joo Cho Che, a quien ahora, gracias a que poseemos su nombre podemos ponerle un rostro, quizás una historia, humanizarlo, tuvieron que intervenir su primer oficial, cuyo nombre por desgracia no viene, que impartió las órdenes para detener al polizón, y el jefe de máquinas, por el momento anónimo también, construyó con unas tablas la balsa para desalojarlo, pero luego descubrie-

ron que había otros tres y los amontonaron en la plataforma que se había construido para uno, aunque le agregaron algunas cuerdas para que pudieran detenerse y no caer inmediatamente al mar desde la ínfima tabla con los movimientos propios de las olas (agarrarse, dice la nota del diario) —o sea que sí había conciencia de lo que se estaba haciendo; entonces el contraamaestre Song Sheng Quan, último surcoreano del grupo y el cocinero Shian Gin, chino, claro, como su nombre y su profesión y los datos que teníamos anteriormente indican, redujeron por la fuerza a los polizones y los arrojaron al agua.

Existe un Archivo Internacional de Buques que hizo en algún momento una inspección británica (no sé si porque allí esté su sede o porque tenga agencias en distintos puertos, o porque las inspecciones estén clasificadas con gentilicios y ello declare el tipo de inspección hecha, en todo caso sólo se trata de datos de la nota periodística que sirven para normar nuestro criterio y poder construir nuestro personal punto de vista acerca de un acontecimiento que al autor de estas líneas le ha parecido oportuno relatar y transmitir secretamente a ese íntimo escritor que todos llevamos dentro) al *Wisteria* y lo declaró “barco basura” al detectarle 47 irregularidades; no aparece la lista de éstas pero estoy casi seguro de que no están todas incluidas.

Por cierto, en la primera nota reseñaban que ya en el puerto e iniciadas las pesquisas, quienes tuvieron que bajar a las bodegas del barco en donde estaba el atún congelado sufrieron vómitos y diarreas por la pestilencia infinita de unas áreas con la refrigeración descompuesta (¿diarreas por vía olfativa?, pensé que eso sólo podía ocurrir con productos químicos de destrucción masiva).

Además, pues de tener el nombre del capitán y de parte de su tripulación, tenemos el perfil del buque y las condiciones en que se desplaza por los mares abanderado por conveniencia en Panamá y perteneciente a una empresa surcoreana; no es poca cosa si se piensa iniciar una explotación

literaria del asunto.

Es probable que con esta nota termine el seguimiento periodístico del caso, quizás se les dicte prisión a los responsables, en el peor de los casos es posible que tengan que pagar una fuerte multa; en fin, sus posibilidades son varias, sobre todo a partir del hecho de que están vivos y llegaron a puerto. —

— ALEJANDRO AURA

CONMEMORACIONES

La segunda vida de Julio Ramón Ribeyro

Se cumplen diez años de la muerte del escritor peruano Julio Ramón Ribeyro, premio Juan Rulfo 1994.

Lo conocí el día que comentamos su muerte. Fue a mediados de 1983, cuando yo estudiaba en la Universidad de Tejas en Austin. Una tarde en el campus me había encontrado con un estudiante peruano que me preguntó si sabía la noticia: según él, Julio Ramón Ribeyro acababa de morir de un cáncer en París. Yo que nunca había hablado con él, había sido sin embargo un lector devoto de sus cuentos empezando por “Los hombres y las botellas”. Esa tarde, escribí un texto largo y lo mandé a la revista *Debate* en Lima. Puesto que la



Ribeyro, risueño.

noticia era falsa, los editores me devolvieron el texto en el que yo hacía reseña de sus grandes logros como cuentista y me lamentaba de su (siempre) temprano fin. Entonces averigüé la dirección de Ribeyro en París y no se me ocurrió mejor idea que mandar una carta con mi texto funerario, donde le explicaba lo ocurrido. Terminaba diciéndole: “Le envío este texto pues supongo que pocos pueden leer lo que va a decirse sobre ellos después de muertos.” La respuesta me llegó unos días después. Empezaba con la famosa cita de Mark Twain: “Las noticias sobre mi muerte son algo exageradas.” Luego, con frases de un magnífico humor negro, me decía que esperaba que pasara mucho tiempo antes de que yo pudiera publicar el texto.

Pasaron once años. En ese tiempo regresé a vivir a Lima, lo conocí, lo seguí leyendo, conversé mucho con él y lo quise. A inicios de los años noventa Ribeyro se había instalado en un apartamento frente al mar de Lima. Fue allí donde lo vi varias veces, solos o con otros amigos. Durante un tiempo, nos propusimos jugar ajedrez. Me di cuenta de que él tenía mucho más experiencia en el juego que yo y que conocía aperturas y celadas de las que yo no tenía mucha idea. Sin embargo, puse en práctica un recurso pedestre pero efectivo que consistía en atacarlo de un modo indiscriminado por todos los flancos. Iba a confesarme que se había sentido avasallado y en dudas por mi agresividad. Mi vehemencia era un antídoto contra sus conocimientos y equilibraba nuestras fuerzas. Gané algunas, me gané otras e hicimos tablas la mayoría.

Hacer tablas, empatar, son en cierto modo las consignas de su vida y de su obra. Sus relatos, escritos en un estilo llano y directo, al borde del tedio de las vidas que buscan representar, nos ofrecen, en el esplendor de su medianía, a ilusos frustrados, soñadores aplastados, aventureros que se han dado de bruces contra las barreras de la banalidad. Consumidores y no protagonistas de sus vidas, sus personajes siguen los pasos de Silvio en “Silvio en el Rosedal”: el hombre que es capaz de realizar

su mejor actuación pero solo frente a un auditorio vacío.

Heredero de Maupassant, de Chéjov, de Flaubert, de quien hablaba con pasión, Ribeyro representó como pocos autores modernos la mediocridad del desencanto. Los limeños de clase media, con sus aspiraciones frustradas, sus ridículos sueños irrealizados, sus patéticas ilusiones, aparecen en relatos tan atractivos como “Espumante en el sótano”, “Dirección equivocada” y “Por las azoteas”. Fue un escritor eminentemente visual (entre sus *hobbies* estaban el dibujo y los óleos) que describió con precisión el poder que las casas y las calles ejercen en los hombres (“Tristes querellas en la vieja quinta” cuenta el poder de una casa antigua en los vecinos). Escritor de interiores, sin embargo, escribió uno de los mejores cuentos de la intemperie urbana: “Los gallinazos sin plumas.” Realista empedernido, también escribió uno de los mejores cuentos fantásticos latinoamericanos, una joya llamada “Ridder y el pisapapeles”. Escribió en todos los géneros (incluso el teatro) pero aquellos que más se acomodaron a su sensibilidad fueron los cuentos y el diario. Sus personajes no tenían la fuerza muscular para resistir una novela. No estaban preparados para largos viajes y la mayor parte de sus novelas pierde en tensión e interés. Con el tiempo, sus textos se fueron haciendo más densos y compactos hasta que llegó a producir las magníficas “Prosas apátridas” y sobre todo sus lúcidos y sensibles “Diarios de escritor”.

Ribeyro será siempre un autor valorado por algunos lectores. Nunca será considerado un gran escritor. Su destino, acaso elegido, ha sido siempre el de sus personajes, una voz modesta pero auténtica, una escritura sincera capaz de crear un mundo estrecho. Pero es un mundo extraordinariamente sincero. Sus personajes no son perdedores o ganadores, sino sombras que ocupan ese extraño lugar que es el purgatorio de la medianía, las neblinas estáticas de la banalidad y la resignación.

Poco antes de morir, repetía que no iba a volver a escribir. No veía la rela-

ción necesaria entre la vida y la escritura que tenían otros escritores. Su escepticismo natural y su selectividad aprendida se dieron siempre la mano. Parapetado en un cigarrillo, un hábito al que regresó en sus últimos años, parecía mirar siempre el mundo de costado, una respuesta sesgada a la meticulosa saña con la que el mundo lo había tratado. En alguna ocasión, al cumplir sesenta y cinco años (edad en la que murió), me dijo que contaba con vivir diez años más.

Y esa esperanza no lo abandonó sino hasta cerca del fin. Pocos meses antes de su muerte, en la primavera de 1994, quedamos en encontrarnos una tarde en su casa frente al mar. Hacía un sol magnífico en la bahía de Lima y yo llegué a su puerta. Él estaba llegando al mismo tiempo. Lo vi bajar de la bicicleta, la cara radiante, tocado por la gracia del sol que iba a dejar de alumbrarlo a fines de ese mismo año. Fui varias veces a la clínica donde murió pero nunca lo vi. Ese brillo en su cara risueña es el que me acompaña todavía y el que mejor lo recuerda en este cielo. —

— ALONSO CUETO

NOSTALGIA

Mauricio Achar, Gandhi y el resto

Cuando me enteré de la muerte de Mauricio Achar, el creador de las librerías Gandhi, recordé aquel lugar de los años ochenta con sus pasillos de un solo carril, donde el sabor era encontrar un ejemplar único, esconderlo, ir por el dinero necesario a casa, y salir con la promesa de una lectura extraordinaria. La Gandhi, en el subdesarrollo de contar con una sola librería decente en la ciudad de México, era entonces un espacio extraño, con el toque sesentero de una fotografía del Mahatma en blanco y negro entre los libros y la escalera que te llevaba al café. Una vez arriba, se entendía la idea de Mauricio Achar: ahí estaba él, barbado y con el infaltable cigarro entre los dedos, observando una partida de ajedrez. Era un



La Gandhi, una isla que se convirtió en archipiélago.

lugar para estar, hablar de lecturas, tomar el amargo y espeso café que nos exaltaba hasta el párkinson. Abajo, las más insólitas joyas venidas de la lejana España o de Argentina, esperaban a ser descubiertas. Los acetatos se apilaban en el lado contiguo con el sonido de las portadas cayendo una a una. Ahí compramos a Cortázar y a Borges y nos enteramos de que el estructuralismo había dado paso al deconstructivismo. Y nos deconstruimos los bolsillos con textos que se admiraban más que comprenderse. Ahí fue donde no nos alcanzaba para la antología de Lou Reed y veíamos cómo el vejete con empleo estable nos lo ganaba con una tarjeta de crédito. Y, además, se había comprado un disco del Silvio Rodríguez ése. Pero, sin duda, la Gandhi antigua no era sobre comprar y vender sino sobre agacharse durante toda una tarde buscando en lo más recóndito de los librereros, hojear, revisar, sopesar el precio con respecto a la comida de mañana, anhelar la posesión del tomo, soñar con sus contenidos insólitos. Era la novedad de la lectura en un país sin librerías y con bibliotecas que cerraban por las tardes. Un lugar insólito donde se podía hojear un libro y fumar en los pasillos y hasta pisar las colillas en el suelo.

Ya que el país se abrió, Gandhi continuó siendo un lugar donde siempre lo

había todo. Tenían a un anciano librero que podía decir de memoria el año y la editorial, si no la sabías. Era casi un personaje de culto. Pregúntenle al Señor de Gandhi. Y el tipo, con parsimonia, mandaba a gente “a la bodega” —que uno imaginaba como el Paraíso de lo Inagotable— y el libro se manifestaba ante el misterio de su propia existencia. Todos éramos Heidegger en el instante: “El Ser es el ser”, qué carajos. En la parte de música, existía una contraparte opuesta: el empleado podía pasarse horas tratando de encontrar un simple disco de Bach. Y comenzaron las bromas:

—Me puede decir si tiene el disco “Mariachi de Tecalitlán, un homenaje a George Gershwin”.

Y el tipo buscaba afanosamente para decir:

—Nos llega en una semana.

Pero era esa imagen de inagotabilidad lo que más me recordó la muerte de Achar. A lo largo de varios años tuve este sueño recurrente: de noche me introducía por la coladera de Miguel Ángel de Quevedo y emergía por una alcantarilla del estrechísimo baño de Gandhi. Con una linterna y dos maletas, arrasaba con los estantes de libros. Pero siempre me ponía codicioso y, tras vaciar las maletas junto a la coladera, volvía por más. Lo que tenía al final era una pila enorme de libros que no podía

cargar. Y entonces llegaba la policía y me despertaba. El sueño de robarle a Achar fue llevado a la práctica por otros mucho más audaces. Sé de la biblioteca de una escuela privada que se hizo a costillas de Gandhi: un alumno en silla de ruedas y con una mantita sobre las piernas, era paseado por otro estudiante entre el laberinto de estantes. Nadie sospechaba que bajo la mantita iban tres tomos de *Dialéctica del iluminismo* una tarde; otra, *El reino de este mundo* y *El pozo*. Los hubo más profesionales. Ya en la universidad, un sujeto abiertamente criminal se empleaba como “mula” para extraer libros de Gandhi y vendértelos a la mitad de precio. Lo hacía por lucro, sin pasión alguna, salvo cuando lo correteaban hasta Insurgentes y más allá. Pero el dueño final del libro se lo agradecía. Y aun así, Gandhi comenzó a desplazarse por la ciudad, se fue a Guadalajara y a Monterrey y se estableció en Buenos Aires. La merma, quiero pensar, fue su acicate.

Desde hace unos pocos años, la Gandhi original desapareció para dar paso a dos *malls* donde los libros están limpiamente arreglados y sacudidos. La gente depende de una computadora para buscar su título. No hay nada realmente único que encontrar. Como la idea misma de la transparencia liberal, todo está a la vista. Tampoco se vale fumar. Perdida entre los muchos libros, la generación que creció con Gandhi nos hicimos relectores de nuestras propias bibliotecas, asombrados de las etiquetas cochambrosas donde los precios están en viejos pesos (15,000 por *La arqueología del saber*), tratando de encontrar en los subrayados del pasado el motivo original de la adicción. Rara vez lo he encontrado. Releer es como seguir fumando: en cada mil cigarros encuentras a veces el sabor del primero. Dura un segundo y se extingue sin remedio. Pero no del todo. Tengo todavía en mi memoria el primer Gandhi y la figura santaclosina de Mauricio Achar encendiendo un cigarro. Y, tras las mermas de amigos, conocidos y parejas, la mitad de mi biblioteca. —

— FABRIZIO MEJÍA MADRID

Dos testigos inteligentes

Luis Cernuda (1902-1963) y Juan Gil-Albert (1906-1994) están entre quienes más lucidez mostraron para observar la España de la Guerra Civil y discernir las fuerzas activas que allí intervinieron. Ambos avisaron que la catástrofe no fue sino la manifestación de procesos espirituales recónditos a los ya no era posible reprimir y que pugnaban por irrumpir brutalmente al exterior, la evidencia de unos errores acumulados en los que pasado, presente y porvenir se oponían como enemigos en un cuerpo histórico crispado. Ambos apoyaron, por cierto, la causa republicana y la legalidad institucional que la asistía, y ambos se situaron del lado de los intelectuales y los artistas que mayoritariamente la defendieron. Pero uno y otro —en unos itinerarios personales en los que muy temprano se eligió una soledad deliberada, una soledad que lleva consigo una distancia y una entereza para juzgar las cosas del mundo, sin renunciar por ello a los compromisos con sus entornos intelectuales y sociales— decidieron que entenderse a sí mismos era entender la historia de su tierra, y que esa tarea de comprensión pasaba por la independencia ideológica y de criterio. Los dos fueron —debe subrayarse de antemano en este contexto— hombres libres; supieron, además, que el universo social —y el literario— es complejo y se niega a reducciones simples.

En el caso de Gil-Albert, el alma del testigo, sus alegaciones y sus palabras, dieron prueba de un afán testimonial en vilo, en toda ocasión dispuesto a mantenerse “ecuánime en medio de la general gritería tendenciosa” y a dar cumplimiento a una de sus afirmaciones más queridas, aquella que señala que “benditos los que hablan porque ellos recrean a perpetuidad la creación”. Hablar: contar, exponer, analizar, comparecer. Por eso levantó, a lo largo de su obra, y amparado en una vocación de historiador que mucho lo sedujo y que lo volvió un observador sagaz de



Luis Cernuda

los acontecimientos, la arqueología de un transcurrir nacional del que se exhiben tanto los beneficios como los descuentos más permanentes, menos modificables; algo semejante a una intrahistoria que se concentra, indagadora, en las mentalidades y en los usos y costumbres de los comportamientos individuales y colectivos. *Los días están contados* (1974) y *Drama patrio* (1977) son, en este sentido, el anverso y reverso de una moneda. El primero es, en buena medida, una meditación insomne sobre



Juan Gil-Albert

el país que alumbró la frustrada República y el país que recibió, en 1947, al transterrado que decide regresar de su exilio latinoamericano, y el segundo un valiente ajuste de cuentas con “los 25 años de paz” franquistas, responsables del clima “altamente desmoralizador” que en ellos se respiraba.

En Cernuda, su celo personal y su gradual disciplina preceptiva de orígenes anglosajones lo llevaron a adentrarse en la *self-reliance*, es decir, a aplicarse a la verdad interior y en ella realizarse; como se sabe, una imagen desalentadora de la naturaleza nacional y del carácter de sus paisanos se reitera desde el principio al fin de su itinerario. Arisco y escéptico, leal al credo de que “el poeta es siempre un rebelde”, su prosa de pleito no conoció mengua. También fue consciente de que “el poeta es el hombre que en contacto más íntimo se halla con la vida, y en él resuena antes el eco primero de las alteraciones que sufre la sociedad”. En uno y otro autor, por lo demás, la preeminencia de la voz del artista en el tiempo se aupó al rango de creencia conductora.

Tales actitudes rectoras se resolvieron en una mirada sin anteojeras y en una falta de entusiasmo por las banderías. De ahí que en ellos se encuentre —más allá de sus claras diferencias de temperamento personal y creador— un tono menos dogmático, menos militante, menos politizado y sin duda menos aquejado de ánimo faccioso para pensar la coyuntura del presente de la contienda y sus expansiones en el futuro mediano e inmediato. Gil-Albert y Cernuda compartían, para que se diera esa convergencia, un rasgo central: sólo admitían como punto de apoyo de sus escritos el que aportaban ellos mismos en tanto que particularidades. No escribían como ciudadanos o como miembros de un grupo social o profesional, sino como personas que se dirigen a otras personas. Recuérdese la aclaración de Cernuda: “Yo no me hice, y sólo he tratado, como todo hombre, de hallar mi verdad, la mía, que no será ni mejor ni peor que la de los otros, sino sólo diferente.” Conscientes de que en literatura hay un solo

sujeto, que es el sujeto de quien escribe, y que la obra logrará una mayor transferencia literaria en la medida en que ese sujeto se agrande y se adueñe del nervio de lo escrito, se sirvieron de sus destinos para fundar una literatura. Por consiguiente, en ellos, la verdad moral —la conformidad entre la palabra y el juicio interno del hablante— fue su garantía suprema, su principio de organización congruente. Es muy probable que hayan intuitivo que la primera víctima, en connotaciones similares a la de la Guerra Civil, es el valor moral. Y que ellos debían recobrarlo y honrarlo; la tensión ética que anima a muchas de sus piezas es un indicador de que deseaban construirse algo así como una reserva propia de verdades. Gil-Albert se confesó inclinado a denunciar “el sectario apasionamiento en que vivía” durante y después del enfrentamiento civil; y Cernuda, en un juicio que es literario y a la vez político, señaló que “durante los años de la guerra civil hubo excesivo acopio de versos, tanto de un lado como de otro; y aunque la consigna fuera ‘cantar al pueblo’, de un lado, y de otro ‘cantar la causa’, ni unos cantos ni otros, productos de ambas consignas, sobrevivieron al conflicto”. Son, éstas, citas escasas y tomadas al azar; pero son citas reveladoras que podrían multiplicarse con facilidad.

Gil-Albert y Cernuda logran alcanzar una rarísima calidad literaria común, una calidad que el paso de los años favorece y fortalece: transformaron la desnudez de sus espíritus, su progresivo *dépouillement*, en algo tan voluptuoso como la desnudez de los cuerpos. Quizás —quizás— algo tuvo que ver en esa transparencia elocuente el hecho de que fueran temples “homoeróticos” enemigos de la vulgaridad hipócrita. En todo caso, las verdades tuyas están expuestas a la intemperie: casi se pueden tocar con las manos. Se trata de una virtud de raíz moderna y además de una virtud de mágico sobrecogimiento para nosotros, sus lectores; una virtud que habilita, cabe agregar, esa frecuente transposición que se efectúa al leerlos y que consiste en identificarlos —asista o no pertinencia— con lo que se lee. Al ca-

bo, ambos comparten una característica bienhechora más: sus ideas y sus opiniones, amén de hacer coincidir, persuasivas, emoción y reflexión, sentimiento y crítica, parecen pertenecer a los protagonistas de unas potenciales autobiografías novelísticas que en su despliegue apuestan decididamente —como debe ocurrir en el género— por el sabor antiguo, arcaico, de la honradez. Tal vez por ello sus dichos conservan una fuerza de convicción, y una inteligencia polémica, tan ejemplares hoy como ayer. —

— DANUBIO TORRES FIERRO

COMEDIA

Locura como demolición: Monty Python

Es 1972. Michael Palin, cliente insatisfecho, parte de la oficina de John Cleese: éste, supuesto especialista de una *clínica de argumentaciones*, siempre se las arregla para transformar la conversación (“Que no”, “Que sí”, “Que no”, “Que sí”, “Que no”) en un intercambio absurdo. Palin busca el despacho de quejas, y lo halla: en él, un funcionario (Terry Jones) le da martillazos en la cabeza y sugiere mejoras diversas a sus gritos de dolor. Graham Chapman, detective de Scotland Yard, irrumpe de pronto para arrestar a los otros dos por “tomar parte voluntariamente en un *sketch* [...] de naturaleza no convencional, con el fin de causar penosa confusión mental al gran público británico”. Inmediatamente después, otro agente (Eric Idle) entra para arrestar a los tres por “comportamiento autoconsciente [...] ofensas contra la ley que obliga a acabar un *sketch* con el apropiado chiste final [...] y simplemente terminar cada maldito número haciendo entrar a un policía y...”

No puede continuar porque un nuevo policía entra y arresta a los cuatro. Luego, claro, aparece otro para arrestar a los cinco. La *mise-en-abîme* se interrumpe por el corte abrupto que señala el fin del programa, luego de un par de

avisos en falso, y el gran público británico se da cuenta —o no— de que ha tenido su muestra de Borges o Robbe-Grillet sin apostillas; la oportunidad de reírse de sus propias costumbres de espectador y residente en un mundo ordenado; su media hora semanal, en fin, de transgresión gozosa.

Toda la obra de Monty Python, el grupo británico de guionistas y comediantes, parte de la misma paradoja. En especial, su primer trabajo: la serie televisiva *El circo volador de Monty Python*, transmitida entre 1969 y 1974, tiene dos rasgos que no carecen de precursores en la televisión y el teatro cómico del Reino Unido pero nunca han vuelto a coincidir con la misma brillantez. El primero: un humor corrosivo, indiferente a las normas del “buen gusto” y con la voluntad para atacar cualquier cosa, desde la realeza y las prendas de la alta cultura hasta los hábitos de las clases bajas. El segundo: un enorme desprecio por la forma habitual (¡todavía hoy!) del *sketch*, incluyendo la conclusión con pastelazo o notas de trompeta para indicar al público cuándo debe reírse.

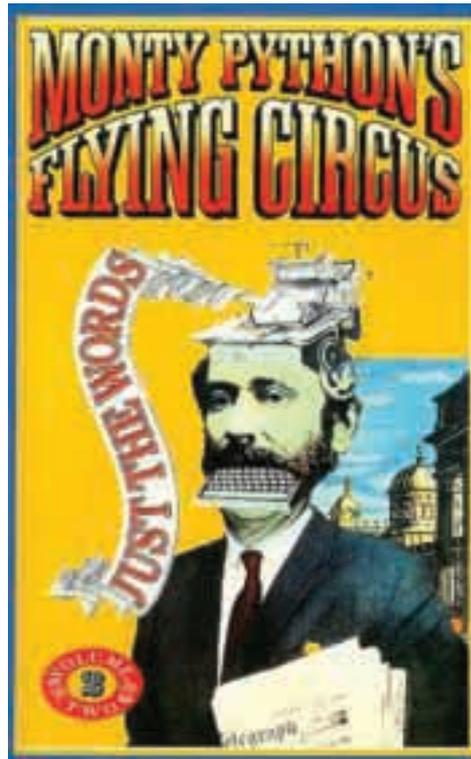
Para dejar atrás esa forma, los Python optaron por una estrategia sur-



realista de escritura y montaje. Los números de *El circo volador* podían terminar de cualquier modo, una vez que se hubiera desarrollado su premisa, y se conectaban entre sí por medio de asociaciones libres o secuencias intermedias. Además, muchas de éstas, junto con las cortinillas de entrada de cada programa, eran dibujos animados hechos de forma artesanal por Terry Gilliam, caricaturista estadounidense emigrado a Europa y, con el tiempo, sexto miembro del grupo. Creadas con una mezcla de originales y *collages*, las imágenes de Gilliam contrastaban con las composiciones rutinarias de las tomas con actores (en ése y en la gran mayoría de los programas británicos) y dieron a la serie un estilo visual inconfundible. Todavía hoy, el más reconocible de sus emblemas es el hermoso pie, recortado a los habitantes saltarines de un paisaje.

En este año, que se cumplen treinta y cinco de la primera transmisión de *El circo volador*, la mayor parte de los miembros del grupo vive de regalías, refritos de viejos éxitos y los inevitables artículos promocionales, y sólo Jones (quien se ha vuelto escritor y académico) y Gilliam (el director de *Brasil*, *Doce monos* y *Las aventuras del barón de Münchhausen*) se han procurado carreras totalmente distintas a las de sus comienzos. Esta historia, por supuesto, es la de muchas otras figuras del espectáculo, que ven pasar su tiempo de esplendor y cuyas obras, tras la desaparición de sus partidarios más sinceros, llegan al olvido que merecían desde mucho antes.

Pero las huellas de Monty Python son más profundas. Además del término *spam*, que nombra al “correo electrónico no deseado” (y a la palabrería inútil) a partir de algún número de la serie, está el adjetivo *pythonesque*, adoptado al menos por los diccionarios ingleses y que significa “absurdo”, “excéntrico”, “loco”. Esa locura existe en el programa, como en ninguno de sus precursores o discípulos, y en efecto recupera lo mejor



de la subversión olvidada de las vanguardias —para constante perplejidad de nosotros, tan lejos de tanta diablura; o tal vez sea un espíritu humorístico, partidario de la demolición de nuestras convicciones y seguridades, aún más antiguo. Si no el mismísimo Swift, por lo menos el Carroll de las *Alicias* y *La caza del Snark* —brutal, irónico, desbordado, elegante— está en viñetas memorables como el reportaje sobre el compositor “barroco” Johann Gambolputty von Ausfern Schplenden Schlitter Crasscrenbon Fried Digger Dingle Dangle Dongle Dungle Burstein von Knacker Thrasher Applebanger Horowitz Ticolensic Grandier Knotty Spelltinkle Grandlich Grumblemeyer Spelterwasser Kurtstlich Himbleeisen Bahnwagen Gutenabend Bitte Ein Nurnburger Bratwustle Gernspurten Mitz Weimache Luber Hundsfut Gumberaber Shonendanker Kalbsfleisch Mittler Aucher von Hautkopft, de Ulm. En entrevista, el último pariente vivo de dicho personaje muere antes de que se termine de decir su apellido, y el reportero debe conseguir una pala y enterrarlo. —

— ALBERTO CHIMAL

POLÍTICA

“Por favor, cepíllense esos dientes amarillentos”

The Guardian es un inteligente diario inglés que se caracteriza por ir en el sentido que exige la Historia, pero que se pasó de listo y se olvidó de la Historia. *The Guardian* fraguó un plan para influir en las elecciones presidenciales estadounidenses del pasado 2 de noviembre. El plan del diario era, a la vez, arrojado hasta lo inconcebible y modesto hasta lo inútil: se trataba de entrometerse en unas elecciones extranjeras, pero de un modo amable, que los analistas celebraran como “novedoso”.

The Guardian decidió evangelizar democráticamente a los electores de Ohio, uno de los estados vitales en el sistema electoral semirrepresentativo que rige en Estados Unidos. La decisión mostró puntería geográfica: Ohio, de hecho, fue el estado que decidió las elecciones. El diario adquirió un censo postal del condado de Clark, uno de los que se antojaban de competencia más reñida entre el presidente republicano George W. Bush y el senador demócrata John F. Kerry, su rival. “El resultado de las elecciones estadounidenses afectará a las vidas de millones de personas en el mundo, pero nosotros, fuera de los cincuenta estados, no teníamos nada que decir... hasta ahora”, aseguró la publicación, con lenguaje de vendedor de automóviles. Luego, y aquí viene la parte central de la idea, invitó a sus lectores a que escribieran cartas personales a los residentes de Clark, Ohio, exponiéndoles las razones por las cuales deberían considerar darle su voto a alguno de los candidatos involucrados. No sólo los lectores ingleses del diario tendrían acceso a la oportunidad: por medio de su página de internet, *The Guardian* ofrecía la dirección postal de algún residente de Clark para cualquiera que quisiera contactarlo a lo largo del ancho mundo. Con una salvedad, ninguna dirección sería utilizada dos veces, en un intento por conservar la intimidad de los invo-

luntarios receptores. En ese sentido, el diario brindaba también una cartilla preparatoria para los misioneros de la democracia que quisieran integrarse a la promoción: “Preséntese: ningún volante del condado de Clark tiene razón alguna para esperar su carta; al elegir sus argumentos, tenga en cuenta el riesgo real de molestar a su interlocutor; debería escribir la carta a mano y le rogamos encarecidamente que incluya en la misiva su nombre y dirección, para que le dé mayor credibilidad a sus opiniones y para ofrecer la opción de recibir respuesta.” Alrededor de once mil personas respondieron a la iniciativa y enviaron sus cartas.

Las respuestas comenzaron a llegar. “A los habitantes de Ohio no nos simpaticizan las intromisiones, incluso si vienen de gente sincera y que admiramos. Somos una comunidad bastante cerrada. En mi ciudad, Springfield, hay quien considera a la gente de las ciudades próximas de Columbus o Dayton, como ‘fuereños’ –imaginen solamente cómo llamarían a alguien de fuera de nuestro país–”, decía una de las primeras. Otras fueron menos corteses: “¿Han notado que a los estadounidenses nos

vale madre lo que los europeos piensen de nosotros? [...] Me importa el culo de una rata si nuestra elección va a tener un efecto en su pequeña vida sin valor. Realmente no me importa. Si quieren tener una elección significativa en su pequeña isla de mierda, quizá deberían intentar no vender su soberanía a Bruselas y a Berlín [...]. Ah, y por favor cepíllense esos dientes amarillentos, usted y el resto de animales asquerosos.”

El “proyecto Clark”, como fue pomposamente bautizado, comenzó a mostrar entonces sus profundas grietas. La gente, en todo el mundo, suele tomarse a mal los señalamientos extranjeros sobre su país, especialmente en cuestiones electorales. Y el movimiento era menos inocentemente democrático de lo que aparentaba. *The Guardian* ha sido uno de los diarios más críticos en el planeta con las políticas de George W. Bush, y los lectores de un diario suelen ser uno o dos pasos más radicales que sus editorialistas. El apostolado era, simplemente, una campaña para convencer a los electores de que no votaran por Bush. Sólo que era una campaña extranjera y, en ese sentido, ilegítima. Y más aún: inútil. Debido a la reacción secundaria de nacionalismo herido, o a la razón que fuera, George W. Bush ganó las elecciones del condado de Clark –donde el demócrata Al Gore lo había vencido cuatro años antes– con 51 por ciento de los votos a favor. Y Bush ganó otra vez Ohio, con 120,000 votos de diferencia sobre John Kerry y, consecuentemente, ganó las elecciones presidenciales, gracias a los veinte votos para el Colegio Electoral que da el estado –que le habrían dado la victoria a su rival de haberse invertido los papeles.

Vaya una moraleja final, como epitafio a las ambiciones del intento de levantar un “imperialismo de la opinión” de *The Guardian*: si el principal reproche que se le puede hacer al gobierno de George W. Bush es su intervencionismo y desprecio por la esencia de la democracia, no se le puede combatir con tácticas intervencionistas. Y, peor aún, si resultan tan contraproducentes. –

– ANTONIO ORTUÑO

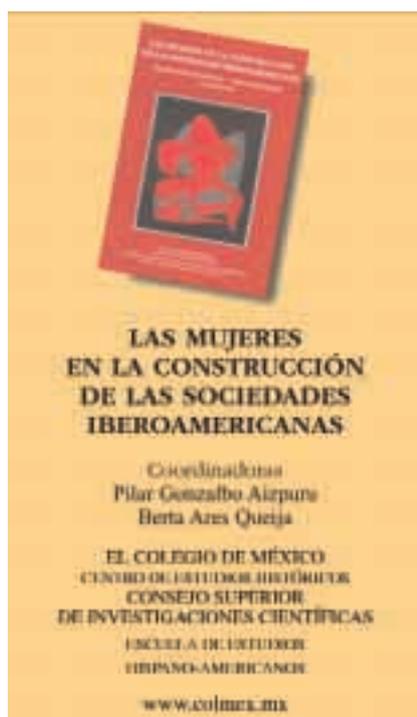
MERCERÍA

Los perdidos imperdibles

Mi abuela paterna, que además de maestra era costurera, sujetaba muestras de tela a las hojas de sus cuadernos con imperdibles. Quizá desconfiaba de los clips, o le parecían estar demasiado lejos del mundo de la mercería, que también era el suyo. Así, con el imperdible unía la tela y el papel, sus dos vocaciones, y de paso no dejaba que se perdieran.

Quién sabe a quién se le ocurrió sujetar las ropas con ese alfiler que esconde la aguda punta en una especie de media luna. Aquí le llaman seguro, en detrimento de la palabra “imperdible”, que para quienes perdemos todo constantemente, resulta mágica y tranquilizadora. El imperdible parece un ojo que mira de soslayo o un pez que nada en los cuadros de las faldas de los escoceses o en los pañales de los bebés antiguos, envuelto en cuero o decorado con patos azules y rosas. Si algo no caracteriza a los imperdibles es ser seguros, y bajo su apariencia de ojo, de barco o de pez se hunden las bromas pesadas, pues la punta del alfiler tiene cierta proclividad a liberar la tensión que lo mantiene preso y causar desajustes: si el imperdible falla, al escocés se le verá la ropa interior o algo peor, y la criatura en pañales se picará. Esa leve amenaza convierte al imperdible en el pariente pobre de los antiguos alfileres para el sombrero con que las damas castigaban a los varones imprudentes, o del ostentoso fistol, motivo de diabólicas tramas literarias. Será por eso que en nuestros días ya nadie los usa, para ahorrarse sus amenazas, y si acaso se unen las telas con el mordelón *zipper* o el aburrido velcro, ambos tan escandalosos. Los últimos imperdibles duermen en silencio, empujados y dorados, en las etiquetas de la ropa que compramos, y a veces desde ahí nos miran o bien saltan y pican, como peces. –

– ANA GARCÍA BERGUA



VIDEOÍTIS

De las ligas me acuerdo, no del dinero

Una tarde fui al Museo Carrillo Gil a ver una exposición que (sospechosamente) ya he olvidado. Al volver a cruzar la Avenida Revolución en camino a mi coche, me quedé mirando el bonito edificio que ahora todos sabemos que era la sede del Grupo Quart, que ahora todos sabemos que era el lugar donde el ahora célebre videoasta Ahumada Kurtz entregaba dinero y dictaba órdenes a ciertos burócratas del PRD, que ahora todos sabemos que es una cueva de pillos y/o pendejos.

Recuerdo que, precariamente parado en el ínfimo camelloncito, de repente me sentí mareado con los zumbidos de los coches que pasaban volando como avispas. Después llegué a mi auto, pero ya casi en el crepúsculo. ¿Qué me sucedió en ese espacio de tiempo? ¿Me fui a la cantina cuyo nombre sospechosamente se me olvida y que está junto a las florerías? ¿Me secuestraron los extraterrestres para llevarme al programa de tele de Maussán? ¿Estuve con Ahumada Kurtz?

Decidí ir a ver a una doctora que me recomendó una amiga que en su difícil juventud fue peronista. Le pedí que me aplicara la técnica del Grito Primigenio, pero no (como John Lennon y otros) para recordar mi primer aullido al nacer, sino para evocar el posible grito de increíble alegría al momento de salir con una bolsa o un portafolios lleno de dinero del Ahumada Building, mismo que supongo que nadie objetará que debe ser la sede del primer Videomuseo de la ciudad de México.

También le pedí a la doctora que me videograbara, cuidando por supuesto que su rostro no apareciera. Por desgracia, las pistas de sonido y de imagen son de muy mala calidad y sólo unos cuantos minutos son claros. He aquí la transcripción del audio de la cinta que ofrezco a la Procuraduría o televisora que más billetes me pague por ella, de preferencia dólares canadienses (por si tengo que viajar a Cuba).

Yo: Me angustia que a lo mejor fui a recibir dinero del videosatánico Ahumada.

Dra.: ¿A lo mejor o a lo peor?

Yo: No sé.

Dra.: La angustia es normal en el ser humano.

Yo: Sin duda, pero me angustian sobre todo dos cosas. Una: ¿me videograbaron? Dos: ¿qué hice con el dinero, si me lo dieron? ¿Cómo explicar mi conducta si exhiben el video en la tele?

Dra.: Son tres cosas, pero no saber contar es algo normal en los Idealistas Corruptos. Corromperse por un ideal produce angustia hasta en algunos san-dinistas. Además, ya lo dijeron esos dos eminentes ideólogos que son el profe Bejarano y el subcomandante Marcos: la tele le hace daño a la gente y vivimos en la telecracia.

Yo: Pero yo ya no soy un idealista, doctora.

Dra.: ¿Quién sabe? ¿A lo mejor creíste que estabas haciendo una “expropiación” y luego lo borraste de tu, por así decir, videoconciencia? El hecho es que sientes culpa, o por lo menos angustia. El islam permite el lavado de toda culpa si te vas al paraíso con dinamita, pero el judeocristianismo marxista “doth make culpígenos of

us all”, como decía Shakespearito.

Yo: No sé, doctora, no sé. Esta sociedad es corrupta, pero yo no.

Dra.: ¡Eso dicen todos! A ver, veamos esto por otro lado: ¿estás seguro de que no hiciste esto como parte, quizá inconsciente, de un complot contra López Obrador y el futuro País de la Esperanza?

Yo: Si le juro que no sé lo que hice, ¿cómo quiere que sepa por qué lo hice, si acaso lo hice?

Dra.: El que jura se compromete. Quiero que te hagas honestamente una pregunta: ¿no habrás recibido dinero de ak porque eres un izquierdista renegado y amargado que por despecho quiere destruir el proyecto del Jefe de Gobierno?

Yo: ¡No, doctora, no!

Dra.: ¿No se deberá tu “olvido” a que sabes que la izquierda fracasó pero no quieres aceptar tu propio fracaso personal?

Yo: ¡Pero si López Obrador ni siquiera es de izquierda!

Dra.: ¿Ahora resulta que él es como tú?

Yo: ¡No!

Dra.: ¿No puedes ser honesto?

Yo: Me siento muy confundido.

Dra.: ¿Y las ligas?

Yo: ¿Las ligas con la burguesía y el imperialismo?

Dra.: Las ligas con que se sujetan los billetes.

Yo: ¿Cuáles billetes?

Dra.: Los culpables siempre acaban aceptando los billetes, pero nunca las ligas.

Yo: Ah, esas ligas. Se las di a un niño de la calle que no tenía con qué jugar.

Dra.: ¿Ves cómo sí eres un idealista?

— HÉCTOR MANJARREZ

La sociedad ya tiene una nueva y poderosa herramienta legal* para exigirle cuentas al Gobierno Federal.

Úsala.

*Ley Federal de Transparencia y Acceso a la Información Pública Gubernamental (LFTAIPIG).

01800 telifai
www.ifai.org.mx

